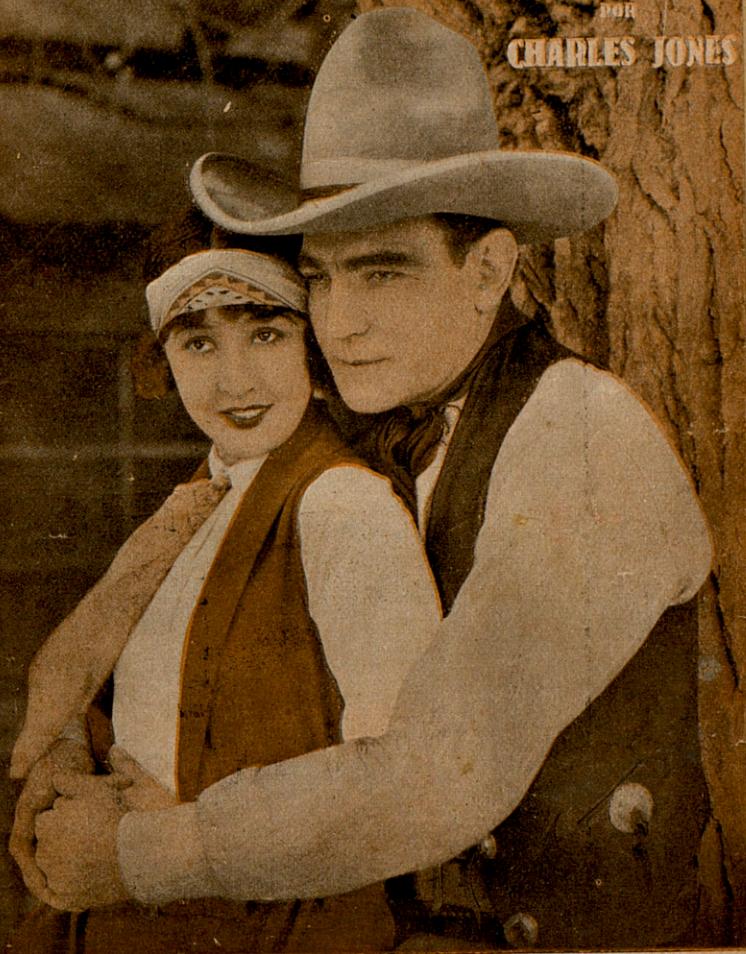


POR LLEVAR LA CONTRARIA

POR

CHARLES JONES



BIBLIOTECA TREBOL

N.º 14

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

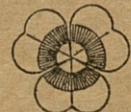
THE ARIZONA ROME
1925

Por llevar la contraria

Versión literaria de la película del mismo
título, interpr. tada por losfamosos artistas

LUCY FOX y (CHARLES JONES
por LUIS del RÍO

Exclusiva
HISPANO FOXFILMS, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

Vilcento Teruel

Charles Jones

POR LLEVAR LA CONTRARIA

I

Más de veinte años de íntima y continua amistad llevaban Juan Wayne, presidente de una importantísima Compañía ferroviaria americana, y Samuel Barr, gerente de uno de los Bancos neoyorquinos de mayor fama, y nunca su afecto habíase visto turbado por el más ligero incidente ni la más insignificante discusión. Eran, en toda la extensión de la palabra, dos viejos amigos, que pasaban juntos sus ratos de ocio, se comunicaban todas sus ideas y compartían siempre sus penas y sus alegrías. No daba nunca uno un paso, por insignificante que fuese, que no lo consultase primero con el otro, y sólo después de obtenida su aquiescencia se decidía a seguir adelante. Difícil hubiese sido hallar dos camaradas tan bien avenidos y cuyos temperamentos y puntos de vista fuesen tan afines.

Juan Wayne había visto completada la dicha de su hogar, veinte años antes, por el nacimiento de su hija Silvia, que era a la sazón una muchacha hermosísima, distinguida y cariñosa. Samuel Barr tenía un hijo

de veintidós años, culto, estudioso, pero de temperamento no muy decidido. Era algo apocado y esto le hacía fracasar en muchas cosas.

Era natural que dada la amistad que unía a Juan y a Samuel, y la poca diferencia de edad de los dos jóvenes, que sus respectivos padres pensaran en un noviazgo. Una vez más coincidieron ambos amigos y, prometiéndose guardar mutuamente el secreto, sobre todo cerca de los interesados, creyeron que lo más acertado sería que Ricardo, el hijo de Barr, entrase en la Compañía como secretario particular de Wayne.

Tan feliz y acertada les pareció la idea, que se felicitaron en seguida de ella, no dudando que ella les conduciría al loable fin que se habían propuesto.

Y Ricardo Barr entró en la Compañía, en donde con un celo, un interés y una disposición nada común en un joven de su edad, organizó las cosas tan bien que nunca los asuntos de la Secretaría particular de Wayne habían sido llevados con tal presteza, exactitud y dominio general de la materia.

Aquello duró medio año. Pero Ricardo, embebido en su trabajo, no se daba cuenta de los planes de su padre y de su principal. Apenas había hablado tres o cuatro veces con Silvia, que, por otra parte, le acogía con la mayor indiferencia.

— Querido Samuel — dijo un día el padre

de Silvia, — nuestro plan no ha dado ningún resultado. En seis meses que Ricardo está en casa como secretario particular mío, ha comprado seis archivadores, ha organizado un sistema de fichas de lo más moderno y perfecto, ha abierto tres registros nuevos gracias a los cuales no se extravía un papel ni que en la casa sople un ciclón, me resuelve todos los asuntos antes casi de que yo me haya enterado de ellos... Pero esta es la hora que él y Silvia no sólo no se han llegado a dar un beso a escondidas de sus papás, sino que creo que ni se han mirado el uno al otro tres minutos seguidos...

— No voy a hacerte cargos, Juan, y menos que a ti, a tu hija, que ya sabes me es muy simpática y a quien quiero entrañablemente — objetó Wayne. — Pero mi hijo no puede hacer más... Es que Silvia se le muestra hu-rraña... Ha probado dos veces de declararse y no ha conseguido nada... Me lo ha dicho él mismo, porque al muchacho le gusta Silvia y cifraría toda su felicidad y toda su alegría en llegar a casarse con ella...

— Entonces, ¿qué te parece que hagamos? — interrogó Juan Wayne.

— Hablarle tú a Silvia, decirle que Ricardo te ha revelado cuáles son sus intenciones, hacerle ver lo beneficioso que el matrimonio sería para ella...

— ¿Hablarle yo a Silvia? ¡Qué poco la conoces! — dijo Juan. — Sería la manera de

que le cogiese antipatía en seguida y no quisiera volver a saber de él nunca más. ¡Buena está mi hija! Cosa que le recomiendo yo, cosa que no hace. ¡Por llevar la contraria sería capaz de no empolverse, de no escuchar la radiotelefonía, de no jugar más al mah-jongg y de no intentar nunca más la resolución de ningún problema de palabras cruzadas!

Con profunda desolación, Barr escuchaba las palabras de su amigo. Permaneció silencioso un momento, como si buscara una idea salvadora y, por fin, dando una palmada en las rodillas de Wayne, le dijo :

— Pues si no es más que eso, ya tengo la solución.

— ¿Qué dices?

— Lo que oyes. No tienes más que hacer una cosa : mostrar una antipatía profunda por Ricardo, decir que no sirve para nada, despedirlo de tu casa si te parece... y ella entonces dirá que no tienes razón, que eres injusto con él, y además que le quiere mucho, que están enamorados y que, tanto si túquieres como si no, se van a casar...

— ¡Has tenido una idea realmente magnífica! — exclamó Wayne. — ¡Mañana mismo echo a la calle a tu hijo con todas las de la ley, y estoy seguro que a las veinticuatro horas Silvia me dice que si no bendigo su unión con él, va a salir en la página de sucesos!

Y encantado ante aquella idea, Juan se despidió de Samuel y regresó a su casa la mar-

de satisfecho, seguro de que no iban a pasar dos días sin que el noviazgo fuera cosa hecha.

II

« Señor don Ricardo Barr.

Presente.

Muy señor mío : A pesar de la franca amistad que me une con usted y con su señor padre, he de rogarle se sirva cesar en el cargo de secretario particular mío, que hasta la fecha ha venido usted desempeñando. Además, me veo en la necesidad de cominarle para que cese usted de hacer a mi hija objeto de sus atenciones.

Su afectísimo, JUAN WAYNE. »

Acababa de firmar la misiva el padre de Silvia, cuando ésta, que había entrado en su despacho y leía el papel por encima del hombre de Wayne, dió un grito de sorpresa.

— ¡Cómo! ¿Despides a Ricardo?

— Sí, hija mía. Ese muchacho no nos conviene ni a ti, ni a mí. Conque, tenlo por dicho y no me vuelvas a hablar más de este asunto, si es posible.

La muchacha, al oír aquellas palabras enrojeció de indignación y, mirando fijamente al autor de sus días, le dijo :

— ¡Eso es una injusticia! ¡No hay derecho a despedir a ese pobre chico como se despede

a una criada! Tan simpático que me era...

— Pues a mí me es muy antipático — replicó Wayne siguiendo la comedia adelante. — ¡Y en prueba de ello, te prohíbo terminantemente que si le ves por algún sitio le dirijas la palabra!

No le faltaba a Silvia otra cosa sino aquella combinación.

— ¿Ah, ¿sí? Me lo prohíbes? — exclamó, desafiadora. — ¡Pues ya lo veremos!

Y salió corriendo, sin despedirse siquiera de su padre.

— ¡Esto va bien! — pensó Wayne. — ¡Realmente, Samuel ha tenido una magnífica idea!

Pasaron unos días, durante los cuales Silvia apenas le dirigió la palabra. Es cierto que permanecía poco en casa, porque, desde la salida de Ricardo, siempre tenía un pretexto u otro para salir: te, día de prueba en casa de la modista, lección de piano... Wayne sabía muy bien lo que significaba todo aquello y se felicitaba de antemano por el éxito de la estratagema.

Viendo qué el plan progresaba, Wayne se decidió a efectuar una jugada suprema:

— ¿Sabes el mosquito muerto de Ricardo? — dijo a Silvia. — Pues, mira: ¡me parece que nos ha metido en un berenjenal del que nos va a costar salir!

— ¿Por qué? — interrogó Silvia, ansiosamente.



El cow-boy echó mano a su revólver

— Porque la misma noche en que él dejó de prestar sus servicios en esta casa, desapareció un paquete de valores al portador, bastante importante por cierto, y no se le ha encontrado a pesar de que hemos buscado en todo el despacho. ¡Estoy seguro de que fué él quien se los llevó!

Al oír aquellas palabras, Silvia palideció, y con los ojos fuera de las órbitas dijo:

— ¡No, papá! ¡Eso no puede ser! ¡Tú has cogido antipatía a ese muchacho, sin tener para ello motivo alguno! ¡Ricardo es un buen muchacho, incapaz de tocar nada que no sea suyo!

— Bueno, bueno... Tú ves diciendo, pero los valores no aparecen.

— Si Ricardo hubiese robado esos valores, como tú quieras suponer, no se estaría paseando tranquilamente por Nueva York, papá... — afirmó la muchacha.

— ¿Cómo lo sabes tú que Ricardo se está paseando por Nueva York? ¿Qué le has visto?

— ¡Naturalmente que le he visto y le veo! ¡Cada día!

Wayne, al oír aquellas palabras, experimentó una alegría tan grande que le costó trabajo disimularla. Pero, siguiendo el plan, contestó con tono severo :

— ¿De manera que le ves cada día, desobedeciendo mi voluntad? ¡Pues bien : en vista de ello, y para que no ocurra más esto, haré lo que nadie puede impedírmelo : denunciarle al Juzgado y hacerle detener!

Cuanto más se esforzaba Wayne en acusar a Ricardo, Silvia; naturalmente, le defendía con mayor entusiasmo.

— ¡Haz lo que quieras, papá — concluyó diciendo, — pero sea como sea, yo me casaré con Ricardo!

Así que estuvo solo, Wayne telefoneó a Barr.

— ¡Esto marcha magníficamente! — le dijo. — ¡Boda tenemos, y para fecha no muy lejana!

III

A la mañana siguiente, Silvia se apresuró a ir en busca de Ricardo Barr para explicarle la conversación que había tenido con su padre.

— Papá va a dar orden a la policía para que te persiga... Es preciso que huyas inmediatamente... Refúgiate en Méjico, en el Canadá, donde mejor te parezca...

Pronto quedaron ultimados los detalles de la huída. Ricardo procuraría ocultarse y Silvia huiría de su casa, juntamente con su doncella, instalándose en Elko, pintoresco pueblecillo del Oeste, que conocía por haber pasado unos días en aquellas cercanías. Allí, ella esperaría a su novio y tendría todas las cosas dispuestas en forma que el matrimonio pudiera efectuarse en seguida. Después... después, Silvia no se preocupaba de lo que pudiese ocurrir.

Todo marchó como una seda. Como sus respectivos padres no opusieron ninguna dificultad, la fuga de los dos jóvenes fué facilísima. Y una hermosa mañana, Silvia y su doncella, usando los nombres de Jennie Smith e Hilda Brown, llegaban a Elko y se instalaban en el pueblo.

A fin de despistar a los que pudiesen salir en persecución de Ricardo, se había convenido en que éste tardase unos días en llegar a Elko. Y, a poco de estar Silvia y su doncella en Elko, halláronse ante un pavoroso problema: ¡no tenían dinero!

Pero la hija de Wayne no carecía de inventiva. Y gracias a ésta, en las costumbres algo primitivas del pueblecillo se introdujo una moda, completamente mundana, y hasta entonces desconocida.

— ¿Qué diablos tenéis en las manos? — interrogó cierto día Buck Long, propietario del rancho del Diamante a sus vaqueros. — ¿Hay alguna epidemia?

Los interpellados no se atrevieron a contestar.

— ¡A ver! — gritó Buck, que era hombre de poca paciencia. — ¡Pongan todos las manos en la mesa!

Y, sin duda para que vieran que la cosa iba en serio, el cow-boy echó mano al revólver.

Los vaqueros, al ver el ademán de Long, obedecieron. Todos llevaban las uñas cuidadosamente recortadas, pulidas y abrillantadas con barniz.

— ¡Pobres borreguitos! — exclamó el cowboy con sorna. — ¿Quién ha sido que os ha marcado de esa manera tan ignominiosa?

— Es que... — balbució enrojeciendo hasta las orejas uno de los muchachos — ahora en la peluquería se ha montado una costum-



Como uno de ellos opusiera resistencia, Buck le apuntó la pistola al pecho...

bre nueva: cada vez que uno va a cortarse el pelo, se ha de hacer cortar las uñas... Este trabajo lo hacen dos muchachas que han venido al pueblo hace poco tiempo. Y como son tan amables, tan simpáticas y tan bonitas, ninguno de nosotros sabe decir que no...

— ¡Muy bonito! — gritó Buck en el colmo de la indignación. — ¡Estáis hechos unas monadas! ¡Parecéis vaqueros de opereta!

Calló un momento y luego siguió diciendo:

— Os voy a dar un consejo a todos, y aprovechadlo, porque emana de un hombre que conoce muy bien a las mujeres: El que

se enamora de alguna, es como un caballo que le ataca el carbunclo... o, por lo menos, que se rompe una pata... Quiero decir que si no se muere en seguida, hay que rematarlo de un tiro...

— ¡Buen porvenir! — contestó uno de los vaqueros.

— De manera — añadió Buck — que ya lo sabéis todos : el que quiera seguir en este rancho ha de empezar por dejar a las mujeres en paz y así ahorrará dinero y dolores de cabeza... Y en cuanto a esas dos muchachas, ya me cuidaré yo de que se tengan que largar y dejen de convertir mi rancho en un colegio de señoritas...

Pero las órdenes de Buck eran más difíciles de acatar de lo que en un principio se había creído el dueño del rancho del Diamante.

Cuando al día siguiente, el cow-boy preguntó por sus vaqueros, su tía Marta, que habitaba con él en la finca, le contestó :

— Aprovechando la hora del almuerzo se han ido todos a la peluquería, en donde, según he oído decir, hay cola todos los días...

IV

Lleno de rabia, Buck se dirigió al establecimiento de rapabarbas, en donde Silvia y su doncella habían sentado sus reales.

Cuando vió a sus vaqueros haciendo cola,



Perdone usted, pero estas señoritas son unas buenas muchachas...

el dueño del rancho del Diamante no pudo contener su indignación.

— ¡Bonita colección de lechuguinos — gritó. — ¡Váyanse todos a cuidar el ganado!

Y como uno de ellos opusiera resistencia, le apuntó la pistola al pecho y quieras que no le hizo salir a la calle.

El barbero, que era hombre de paz, intervino :

— Perdone usted — le dijo, — pero estas señoritas son buenas personas y sólo buscan la manera de ganarse el pan honradamente...

— ¿Por qué no ensayan otro procedimiento?

— interrumpió Long. — Por ejemplo... fregar los platos, barrer el suelo, servir a la mesa...

— ¡Ganadero bruto! — gritó Silvia al oír aquellas palabras.

Pero en su fuero interno la muchacha pensó:

— Es simpático ese muchacho...

* * *

Los vaqueros regresaron al rancho lleno de mal humor.

— Nos ha hecho salir de la peluquería como si fuésemos ovejas — decía uno, — y esto no está bien. Un tipo como él, que detesta a las mujeres, ha de estar medio loco...

El dueño del rancho tampoco volvió muy contento. Silvia le había producido una impresión extraordinaria de belleza y de simpatía. Sentóse a la mesa y permaneció distraído ante el plato que su tía le había preparado.

— Buck — preguntóle ésta, — ¿por qué no comes?

— Porque la comida está fría... — murmuró Long, por contestar algo.

— ¡Mete los dedos en la salsa y lo verás! — repuso su tía.

Desde aquella memorable jornada, una extraña melancolía se apoderó del espíritu del cow-boy. La imagen de la muchacha no se apartaba de su vista. Apenas comía, reñía con todo el mundo, aunque no tuviera ningún



¿Y por qué no se dedica usted a otras cosas, como fregar el suelo o lavar los platos?

motivo para ello, y por las noches, aunque estuviese aniquilado por la fatiga del rudo trabajo a que estaba sometido, le costaba gran trabajo conciliar el sueño.

Transcurrieron unos días. Por fin, Silvia recibió un telegrama de Ricardo anunciendo su llegada. Viajaba en autó y la rogaba estuviese preparada para buscar un pastor y poder celebrar en seguida su matrimonio.

La muchacha recibió a Ricardo con la alegría que es de suponer.

— ¡Por fin llegas! — exclamó. — ¡Ahora verá mi padre que no puede llevárseme por donde no quiero ir!

— ¡Por fin! — contestó Ricardo. — ¡He tenido que obrar con la mayor precaución, a fin de que mi presencia por estos parajes no fuese señalada. De todas maneras me parece que estamos seguros y nada ha de ocurrirnos.

— Entonces iré a avisar a un pastor para que pueda casarnos en seguida, ¿no te parece?

La idea pareció excelente a Ricardo. Silvia no perdió el tiempo y media hora más tarde el reverendo había recibido el oportuno aviso.

Entretanto, Buck Long, cada vez más taciturno, olvidaba los asuntos de su rancho y dejaba a sus vacas en libertad. Quería acercarse a la muchacha y no sabía cómo hacerlo. Por fin optó por irla a ver.

— Señorita Smith — la dijo, — deseaba verla, aunque supongo que mi visita la sorprenderá un poco...

— En efecto, caballero...

Y como advirtiera la presencia de Ricardo en aquel lugar, la joven creyóse en el deber de darle una explicación.

— No fué mi intención engañar a nadie, pero yo no me llamo Jennie Smith, sino Silvia Wayne, y este joven es mi novio, con quien voy a casarme en seguida... Mi padre se oponía a esta unión y por eso hube de refugiarme en Elko...

— ¿Y por qué motivo se oponía su padre a que se casaran ustedes? — interrumpió Buck.

— Porque es muy testarudo y quiere que



Buck cogió a Silvia de la mano, estrechándose entre las suyas...

todo se haga como él quiere... Por impedir este enlace, pretendía incluso hacer meter en la cárcel a Ricardo...

El cow-boy escuchaba con interés las palabras de la joven. Ricardo salió un momento de la habitación en que se hallaba, y al cabo de un momento volvió, azorado en extremo.

— ¿No sabes lo que ocurre? — preguntó a su novia.

— No... ¿Qué?

— Que tu padre se ha enterado de que estamos aquí y ha telegrafiado al jefe de po-

licia para que impida la celebración del matrimonio.

— ¡Con mi padre o sin él, aunque el jefe de policía traiga aquí a todo el ejército norteamericano en pie de guerra — gritó Silvia — tú y yo nos casaremos! ¡No faltaba más!

— Y yo les ayudaré con mucho gusto, señorita — repuso Buck. — Tengo un plan... Ya verán ustedes... Escuchen...

Y principió a hablar, mientras Ricardo, al ver a aquel hombre tan decidido, le contemplaba con admiración no exenta de recelo.

V

El jefe de policía de Elko era un buen hombre a quien pesaba el cargo y sólo miraba la manera de pasar la vida con la mayor tranquilidad posible.

Fué, pues, con una sorpresa no exenta de desagrado que llegó a sus manos un telegrama que desdobló lentamente, como resistiéndose a leerlo. Sabía que no podía constituir otra cosa que una molestia para él y por ello contemplaba la misiva telegráfica con aire de disgusto.

Pero cuando se hubo calzado las gafas y recorrió con su cansada vista el texto del parte, en su rostro se dibujó una expresión de extraordinaria alegría.

El caso no era para menos. El telegrama decía así :



¡Silvia! ¿Qué haces? — preguntó Ricardo

« Sheriff Elko, Arizona : Teniendo noticia de que mi hija Silvia Wayne está en Elko para casarse con un hombre llamado Barr, ruégole impida matrimonio hasta mi llegada. Pagareé cinco mil dólares de recompensa.

JUAN WAYNE. »

— ¡Es cuestión de ganar el premio! — pensó. — ¡Y para ello no hay momento que perder!

Salió inmediatamente a la calle y tropezó casi de manos a boca con el pastor del lugar, que parecía tener mucha prisa...

— ¿Adónde va usted, reverendo? — le preguntó.

— Voy a casar a la señorita Smith con un joven que acaba de llegar de muy lejos. Se llama... No me acuerdo ahora cómo se llama...

— Barr — aclaró el jefe de policía.

— Eso mismo, Barr... Ricardo Barr, exactamente.

— ¿Y tiene usted que acudir en seguida?

— ¡Volando!

— Antes tendrá usted que hacerme el favor de pasar conmigo por la cárcel, porque hay un moribundo que quiere recibir los últimos auxilios...

El pastor, alma cándida y sencilla, no cayó en la encerrona que el Sheriff le preparaba. Dejóse llevar tranquilamente por él, y cuando estuvieron en la prisión vió con sorpresa que tras las rejas no se encontraba ningún detenido.

— ¡Pero si aquí no hay nadie! — exclamó.

El Sheriff había entrado dentro de la celda. El pastor le siguió sin desconfianza. Entonces, dando un salto, salió fuera, dejando encerrado al pastor en la prisión y le dijo con sorna :

— No hay nadie, pero hubiesese habido alguien si ese señor Barr se hubiese casado con la señorita Smith... Voy a decir ahora al novio que le espere a usted en el hotel...

* * *

Largo rato estuvo hablando Buck Long con Silvia y su prometido. El plan que había

forjado para salvar a los dos enamorados era muy ingenioso y ambos lo aprobaron sin reservas.

— Vamos a ver — preguntó. — ¿Sabe el Sheriff quién es la señorita Brown y quién es la señorita Smith?

— No creo que se haya fijado... En el pueblo apenas nos conocen por el nombre... Nos llaman, sencillamente, «la rubia» y «la morena».

— Pues bien. Entonces, la solución es muy sencilla. Yo me visto con el traje de su novio, me pongo sus lentes, y todo el mundo creerá que soy él. Ustedes se vienen conmigo en mi auto y vamos a mi rancho. El Sheriff nos perseguirá. Tan pronto como nos descubra, le haremos saber que se ha equivocado, que usted no es la señorita Smith, sino la señorita Brown, y que yo soy quien soy : Buck Long. Irá entonces en busca de la señorita Brown, a quien creerá la señorita Smith, y en este intervalo su novio de usted vendrá al rancho por un atajo. Le dejaré mi caballo para que vaya más de prisa... Y en tanto el Sheriff detiene a la señorita Brown, pensándose que es la señorita Smith, ustedes tendrán tiempo de huir y casarse...

Así se hizo. Como esperaba Buck, el Sheriff fué tras de ellos. La carrera fué muy accidentada. Pero cuando el jefe de policía llegó al rancho, donde estaban ya Long y Silvia, y se encontró con que el hombre de los lentes era

el dueño de la propiedad, su asombro no tuvo límites.

— ¡Cómo! ¡Buck! ¿Usted sabe dónde está un joven que se llama Ricardo Barr, que había de casarse con esta señorita?

— ¿Barr? ¡En Elko! ¡Pero Barr no se había de casar con esta señorita!

— ¿Ah, no? ¿Usted no es la señorita Smith?

— Soy la señorita Brown, para servir a usted... — murmuró Silvia sonriendo.

Lleno de rabia, el Sheriff regresó a Elko en donde no le fué nada difícil detener a la doncella de Silvia, que estaba ya en autos de la estratagema organizada por Buck. Satisfechísimo hizo encerrar a la muchacha en una habitación de su casa y aguardó, con aire triunfante, la llegada de Juan Wayne.

VI

Pocos minutos después, el padre de Silvia llegaba a Elko y acudía presuroso en busca del Sheriff.

— ¿Recibió usted mi telegrama, señor jefe? — le preguntó.

— Sí, señor, y me gané la recompensa. Su hija está encerrada en esa habitación y el muchacho anda oculto por ahí... Todavía no hemos podido dar con él, pero se puede decir que es cuestión de horas...

Lleno de satisfacción, el jefe de policía abrió la puerta de la habitación en donde la doncella



Yo no permitiré — dijo la tía Marta — que los muchachos te ayuden a pisotear tu propia dicha...

de Silvia estaba detenida y la hizo salir al comedor.

— ¡Aquí está!

Wayne, al ver a la muchacha frunció el ceño con aire de indignación.

— ¡Pero hombre de Dios! ¡Si ésta es la doncella de mi hija!

Al oír aquellas palabras, el Sheriff estuvo a punto de desmayarse.

— ¡Entonces — exclamó — está en el rancho del Diamante con Buck Long, que le hace el amor! ¡Hay que ir corriendo en su busca!

Inmediatamente comenzaron los preparativos para ir al rancho. El Sheriff buscó a varios vaqueros y, al frente de ellos, encamínose al rancho.

En él, esperando que Ricardo llegase, se encontraban, como ya sabemos, Silvia y el cow-boy.

— Le estoy a usted muy agradecida por lo que ha hecho en favor mío — murmuraba la muchacha, — y no sé, realmente, cómo demostrárselo...

— Prometiéndome su amistad, sincera y noble, señorita — contestó Buck cogiéndole una mano y estrechándola entre las suyas.

Silvia calló... En su pecho se agitaban confusos sentimientos... El muchacho, enardecido, se atrevió a preguntar :

— Dígame, Silvia... ¿Qué ocurriría si Ricardo no viniese?

Por toda respuesta la joven recostó su cabeza contra el pecho de Buck, que no había abandonado su manecita... Así permanecieron unos minutos...

— ¡Silvia! ¿Qué haces?

Era Ricardo que, por fin y tras no pocos esfuerzos, porque montaba muy mal, había logrado llegar hasta el rancho.

— Nada... — murmuró la joven, con visible turbación. — Daba las gracias a Buck por su excelente comportamiento con nosotros.

Long, entretanto, observaba por la ventana.

— ¡Sus perseguidores están a punto de

llegar! — gritó. — ¡Cojan el auto, sigan el camino que atraviesa el puente y a media legua escasa hallarán la estación de Bonerville! ¡Dentro de poco pasará un tren! ¡Apreádrense!

Antes de marcharse Silvia le dió la mano.

— Adiós, señorita — le dijo el cow-boy. — Supongo que ahora me dice usted adiós para siempre...

El auto se puso en marcha y partió, veloz como una exhalación. Buck salió al patio y llamó a sus hombres :

— ¡A caballo todos! — gritó, sacando su revólver. — ¡Hay que ayudar a esos dos para que puedan casarse antes de que llegue a imponerlo el jefe de policía!

La tía Marta, que había acudido al oír gritar a Buck se le enfrentó y le dijo :

— Tú puedes renunciar a tu propia dicha, pero yo no permitiré que los muchachos te ayuden a pisotearla como pretendes...

Acercóse a él y, sin dejar de exhortarle a no ayudar a los fugitivos, le quitó el revólver.

Buck no contestó una palabra. Pero su tía descubrió, semioculta entre sus párpados, una lágrima furtiva que se esforzaba inútilmente en contener...

VII

El auto en que huían Silvia y Ricardo se había detenido a causa de una ligera avería.

Pero el muchacho, inexperto en absoluto en la mecánica, no sabía cómo resolver el caso. Silvia empezaba a descorazonarse. Recostóse sobre su asiento con aire de aburrimiento completo, mientras Barr, sentado a su vez sobre el guardarruedas, se abismaba en profundas reflexiones...

Por fin, después de examinar detenidamente el motor, vió que lo ocurrido no tenía importancia. El coche pudo reanudar su marcha al cabo de unos minutos y seguir hacia la estación.

Buck, por su parte, no había perdido el tiempo. Montando en su caballo corría hacia Bonerville, con la intención de ayudar a los fugitivos si se presentaba algún peligro para ellos.

— ¡Hay que atrapar a Buck! — gritaban los vaqueros del rancho del Diamante. — ¡Seguramente quiere suicidarse, porque se ha llevado un cartucho de dinamita!

La intención de Buck, no obstante, era muy otra.

Llegó hasta el puente que había que cruzar para ir a la estación. Seguramente el coche en que huían Silvia y Ricardo había pasado ya, porque acudían en su persecución los muchachos que había contratado el Sheriff al mando de éste y de Juan Wayne.

— ¡Si intentan ustedes atravesar el puente les dijo — lo vuelo con dinamita!

Pero, mientras de pie ante el puente, de-



Tía Marta quitó el revolver a Buck...

fendía su entrada, uno de los muchachos del Sheriff, que le vigilaba, logró colocarse tras él, trepando por una de las orillas y le encanñonó su revólver, quitándole el cartucho.

— Perfectamente, señor jefe — dijo entonces sonriendo Wayne. — Ha ganado usted la recompensa. Y usted, joven — añadió dirigiéndose al cow-boy — no puede usted habernos hecho un favor más grande.

Buck enmudeció de sorpresa.

— Todo esto no ha sido más que un plan mío para obligar a Silvia a casarse con Ricardo. Ella se cree que yo odio a su novio

y ahora va a unirse con él tan sólo por llevarme la contraria.

Al oír aquellas palabras, la indignación de Buck Long no tuvo límites.

— ¿Ah, con que esas tenemos? — gritó — ¡Vaya una manera de tomarme el pelo! ¡Y yo que estoy enamorado de ella y renunciaba a su amor por creer que de esa manera la hacía feliz! ¡Es una mala pasada y todavía tengo tiempo de impedirla!

Montó en su caballo y desapareció a galope tendido. Los vaqueros gritaban en vano que se detuviera diciéndole que les iba a arrebatar el premio que se habían ganado, pero Buck no escuchaba a nadie.

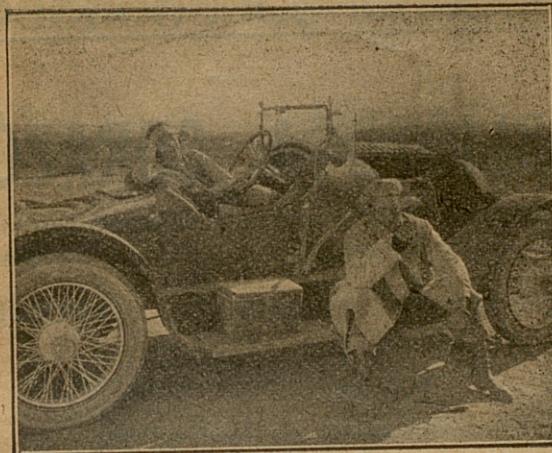
Llegó a Bonerville. El tren acababa de salir. Pero su caballo tenía una resistencia insospechada. A galope logró alcanzarlo y, de un salto, subió al convoy. Penetró en el primer vagón y allí, aburridos, taciturnos, silenciosos, halló a Silvia y a Ricardo que empezaban ya a aburrirse de su aventura.

Con agilidad felina se apoderó de Silvia, salió con ella a la plataforma y, abandonando el tren, cayó a horcajadas sobre su caballo, que había logrado igualar su marcha a la del expreso...

— ¿Pero qué hace usted? — interrogó Silvia, sin disimular la alegría que le producía aquel raptó inesperado.

— Voy a llevarla al lado de su papá...

— ¡De ninguna manera!



Silvia se recostó sobre su asiento, con aire de aburrimiento profundo

— Pues entonces tendrá usted que casarse conmigo...

El tren estaba ya muy lejos. Ricardo, desde el convoy contemplaba la escena mesándose los cabellos. Silvia abandonóse a los brazos de Buck Long y dándole un beso le dijo :

— ¡Eso sí que me gustará! ¡Y mire usted qué cosa más extraña! ¡Será la primera cosa en mi vida que no haga POR LLEVAR LA CONTRARIA!

Continúa en la página 32

FIN



BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR, por Joachim Renez.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Renez.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renee Noll.
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos





BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO... por Isabelita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Porten.
- 22 EL HUERFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod la Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Madge Bellamy y Harrison Ford.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por Earle Foxe.

Precio de cada tomo

60 céntimos